



Capítulo 587: Nombres olvidados

El silencio que siguió a la revelación pareció expandirse como un eco entre mundos.

Las llamas azules que ardían en los bordes del claro parpadeaban, y el viento que corría por el bosque muerto llevaba consigo un susurro lejano —como si el infierno mismo estuviera susurrando el nombre que se había pronunciado.

Artemis.

Selene se mantuvo firme, pero su mirada delataba algo profundo —no miedo, exactamente, sino la incomodidad de alguien que había sido despojado de un barniz cuidadosamente construido.

Respiraba lentamente, como si midiera cada latido de su corazón para mantener la compostura.

Virgilio, por su parte, la observaba con una mirada serena, casi suave.

Su voz, cuando regresó, había perdido por completo su dureza anterior; era cálida, medida, como el eco de un trueno que había decidido convertirse en brisa.

"No te preocupes", dijo, dando un paso atrás y con las manos volviendo a los bolsillos de su abrigo negro. "No tengo malas intenciones hacia ti."

Hizo una pausa por un momento, mirando el cielo rojizo sobre las retorcidas copas de los árboles. "Sólo debes saber que todo está bien."





La sonrisa que curvaba sus labios era ligera, honesta.

Y ese pequeño gesto... fue suficiente para dismantelar las defensas de Selene.

"¿Por qué?" ella pensó.

¿Por qué era tan amable?

Hombres como Virgilio no solían ofrecer consuelo —exigían lealtad, exigían resultados y castigaban mentiras.

Y ella había mentido.

Desde el momento en que pisó su territorio, había construido un disfraz con capas de sombras y medias verdades.

La revelación de su naturaleza divina podría haberla condenado.

Pero no había furia en su mirada.

Ni siquiera decepción.

Sólo comprensión.

Selene bajó la mirada y por un momento —breve, pero real— sintió algo que no sabía desde hacía mucho tiempo: la aceptación.





Él sabía quién era ella... y, sin embargo, no la rechazó.

Ella miró hacia otro lado, tratando de contener su confusión interior.

En el fondo, Virgilio no necesitaba decir nada.

Su sola presencia fue una respuesta—constante, silenciosa e inquebrantable.

Él no la veía como una diosa caída, sino como un alma cansada que intentaba existir lejos de un pasado que la había herido.

Y eso, para él, era digno.

Virgilio había aprendido hacía mucho tiempo que el poder por sí solo no significaba nada.



Olimpo, Infierno, Cielo—cada reino que había conocido estaba lleno de deidades que se alimentaban de su propia corrupción, enmascaradas por títulos y falsas virtudes.

Pero alguien que renuncia al trono para buscar la libertad...

Ese tipo de coraje, lo entendió.

Y respetado.

Selene sintió que su corazón se tensaba.



"Está bien." Su voz todavía resonaba en su mente, tranquila y real. Tan simple. Tan devastadoramente cierto.

Mientras tanto, Zuri observaba la escena desde la distancia, con una mirada penetrante y curiosa.

Ella siempre había sabido que Selene llevaba algo diferente, algo más puro y, paradójicamente, más oscuro que el resto de nosotros.

Y ver ese momento de vulnerabilidad fue suficiente para hacerla reír suavemente.

Un sonido ligero y serpenteante se le escapó de la garganta.

"Hmph... quién lo hubiera pensado..." murmuró, mientras su cuerpo comenzaba a encogerse.



En pocos segundos, la imponente serpiente-mujer se transformó en una pequeña serpiente blanca, con escamas casi luminosas y ojos tan rojos como brasas recién encendidas.

Se deslizó hacia un trozo de hierba oscura, moviéndose entre los tallos como un susurro.

"Cuando se entera de mí..." pensó, el silbido mental resonó con ironía y un toque de esperanza.

"Espero ser recibido de la misma manera..."



Pero el pensamiento apenas había terminado cuando una voz —esa voz— atravesó el aire como una cuchilla.

"¿A dónde crees que vas, mentiroso número dos?"

El pequeño cuerpo de la serpiente se congeló instantáneamente.

El sonido seco de las palabras parecía pesar más que una frase.

Zuri giró lentamente la cabeza con los ojos muy abiertos.

Su lengua temblorosa se movió hacia afuera y hacia atrás en un reflejo nervioso.

"¿De qué estás hablando?!" Ella tartamudeaba y su voz, incluso en un silbido, transmitía auténtico pánico.



Vergil la miró, pero la sonrisa tranquila permaneció.

Una sonrisa que mezclaba ironía y una calma peligrosa—como la de alguien que ya sabía la respuesta antes incluso de preguntar.

"¿De verdad pensaste que no me daría cuenta?" -preguntó Virgilio cruzando los brazos.

El tono era ligero, casi juguetón... pero sus ojos —azules como espadas sumergidas en fuego antiguo— hablaban lo contrario.

Esa no era una pregunta. Fue una declaración. Una frase.



El aire parecía vibrar.

El bosque muerto quedó en silencio; incluso las llamas azules que crepitaban a su alrededor disminuyeron su velocidad, como si el infierno mismo contuviera la respiración ante lo que estaba a punto de suceder.

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza y observó la pequeña serpiente blanca temblar en el suelo. Una sonrisa torcida curvaba sus labios, el tipo de sonrisa que nunca significaba nada bueno— o, dependiendo de tu perspectiva, significaba exactamente lo que temías.

"Un espíritu que no puede ser convocado como los demás..." dijo, con un tono casi reflexivo, dejando que las palabras cayeran por el aire como chispas. "Interesante."

Zuri mantuvo su cuerpo quieto, pero sus ojos rojos lo siguieron de cerca, midiendo cada paso que daba hacia ella.

Vergil continuó:

"Un espíritu que tenía la boca más sucia del inframundo, que maldijo a todos, incluyéndome a mí... y ahora viene todo refinado, pulido, actuando como una dama de clase." La risa que se le escapaba de la garganta era baja, ronca y francamente peligrosa. "Casi convincente, Zuri. Casi."

Ella tragó, sus escamas brillaban a la luz de las runas.

"M-master, yo..."





"Maestro, ¿verdad?" interrumpió arqueando una ceja. "¿Ahora me llamas maestro? Y pensar que no hace mucho me llamaste 'hijo de puta arrogante.'" Se rió de nuevo y el sonido resonó a través del claro, en medio del lejano trueno y el murmullo del bosque viviente.

Zuri miró hacia otro lado y se encogió un poco más. Su pequeño cuerpo parecía a punto de hundirse en la tierra negra.

Virgilio dio otro paso, ahora lo suficientemente cerca como para que su sombra la cubriera por completo.

La sonrisa, aunque todavía presente, se suavizó —como si mezclara curiosidad y diversión en igual medida.

"¿Por qué no muestras tu forma anterior?" preguntó, su tono casi burlón. "Desde que llegué sólo te he visto escondido: a veces como un híbrido, a veces como esta pequeña y frágil serpiente."



Su mirada se estrechó y su voz bajó, cargada de suave ironía.

"¿Te estás salvando... o tienes miedo de lo que veré?"

Zuri se retorció y sus ojos brillaron de inquietud.

"No es nada de eso..."

"Oh, por supuesto." Vergil se rió suavemente, pasándose una mano por el pelo, como si intentara ocultar su impaciencia. "Porque, verás, Zuri... empiezo a ponerme nervioso cuando la gente me miente."



La forma en que dijo provocó que el aire se moviera.

La energía que lo rodeaba pulsaba y las runas de contención en las fronteras del territorio temblaban.

Selene —o mejor dicho, Artemisa— observaba desde la distancia, en completo silencio. Ella sabía que no era ira... era instinto. Virgilio no se hacía ilusiones. Y cada mentira revelada lo acercaba a algo primordial.

Zuri, ahora visiblemente conmovida, abrió la boca para responder —pero su voz salió temblorosa, casi un susurro:

"Simplemente... pensé que sería más fácil de esta manera. Que... preferirías no ver."

Virgilio se acercó, hasta que los dedos de sus botas tocaron el suelo donde se enroscaba el cuerpo de la serpiente. Bajó ligeramente la cabeza y el tono de su voz cambió —ya no amenazante, sino firme, directo, como alguien que exige la verdad y nada menos.



"No te corresponde a ti decidir qué quiero ver", dijo. "Muéstrate, Zuri."

El silencio que siguió fue casi tangible.

Y entonces el suelo empezó a vibrar.

Las runas de su cuerpo se iluminaron una por una, revelando un brillo dorado que se extendió por sus escamas como fuego líquido. El aire se distorsionó a su alrededor, la energía chisporroteó y el cuerpo de la pequeña serpiente blanca comenzó a crecer y a expandirse.

Selene dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos —incluso ella, una diosa, podía sentir el poder que emanaba de esa transformación.

Virgilio simplemente cruzó los brazos nuevamente, mirando en silencio, con esa sonrisa sutil que combinaba satisfacción y control absoluto.

La risa de Virgilio murió en el instante en que el aire a su alrededor comenzó a temblar.

Un sonido bajo, casi un susurro, resonó—como el deslizamiento de escamas sobre piedra. El suelo bajo sus pies se oscureció y el aura alrededor de Zuri se expandió abruptamente, llenando el espacio con una presión antigua, casi divina.

La pequeña serpiente blanca levantó la cabeza. Sus ojos carmesí brillaban como rubíes ardientes, y por un momento todo estuvo en silencio—hasta que la luz a su alrededor se hizo añicos, como un cristal, y surgió una nueva presencia.

Ante él, donde antes sólo había una pequeña serpiente, ahora ella estaba de pie.

Zuri —o mejor dicho, “ya imaginaba que eras una gorgona... pero no su Reina... cierto... Medusa,” dijo Virgilio, sonriendo.

Su piel era del tono pálido del mármol antiguo, bañada por un brillo tenue y espectral que recordaba a la luna sobre las ruinas de un templo olvidado. Hebras de serpientes esmeralda entrelazaban su cabello vívido, moviéndose con lentitud hipnótica, cada una con sus propios ojos—pequeños reflejos de su conciencia fragmentada.





Los ojos de Medusa eran un espectáculo en sí mismos. Rojo como sangre recién derramada, pero con un brillo melancólico, casi humano. Su mirada contenía eones de dolor y rabia reprimida, pero algo sereno. Como si el tiempo hubiera pasado siglos intentando controlar su furia—y hubiera fracasado.

Llevaba una túnica blanca adornada con fajas y bordados carmesí, la tela rasgada en los lugares donde emergían escamas doradas de su piel. Alrededor de su cuello, un antiguo collar de oro contenía piedras rojas que pulsaban al ritmo de su corazón.

Virgilio permaneció inmóvil.

El aire a su alrededor oscilaba entre lo bello y lo aterrador. Cada movimiento de las serpientes en su cabello emitía un sonido sutil, como el susurro de hojas muertas. Las sombras se inclinaban hacia ella, atraídas por una fuerza invisible.



Medusa lo miró fijamente, con los labios separados en una mezcla de sorpresa y resignación.

"Entonces... finalmente lo sabes," dijo, con su voz resonando suavemente, pero cargada de eco, como si varias voces estuvieran hablando a su lado. "Hace tanto tiempo que nadie se atreve a llamarme por ese nombre."

Virgilio dio un paso adelante, con su abrigo ondeando en la brisa infernal. Sus ojos azules brillaban en el reflejo de las gemas de su collar.

"No atreverse..." respondió con calma. "Solo para reconocerlo. Eres extremadamente hermosa, ¿lo sabías?"



Medusa bajó la mirada por un breve momento y sus serpientes se retiraron ligeramente, como si sintieran el peso del recuerdo.

"Ese nombre es una maldición", murmuró. "Una carga que no pedí."

Virgilio inclinó la cabeza y la estudió atentamente. "No. Es el nombre de alguien que sobrevivió al odio de los dioses." Quien fue maldecido por ser demasiado bello, demasiado fuerte, demasiado libre.

Una sonrisa débil, casi triste, apareció en sus labios. "Hablas como si entendieras."

"Conozco la mitología, pero me gustaría saber más sobre ti, querida." Vergil se rió entre dientes al ver lo avergonzada que parecía...

